

CATÁLOGO DE INSTANTES
MARIUS CAROL**EL ADÚLTERO
DEL ALA OESTE DE
LA CASA BLANCA**

El día en que John F. Kennedy recibió la comunicación de Nikita S. Jruschov donde se cerraba la crisis de los misiles, que había situado al mundo al borde de una guerra nuclear en Cuba, llamó a los miembros del Estado Mayor para comunicarles la noticia. El último que se puso al teléfono fue el jefe del Estado Mayor de la Fuerza Aérea desde Nebraska, que estaba consternado por la ausencia del apocalipsis atómico. El presidente estaba eufórico y, antes de despertar a su esposa, se dispuso a celebrarlo en la mismísima sala Oval con su becaria de 19 años, quien, arrodillada, se esmeró por relajar la pulsión del comandante en jefe. Mientras la muchacha se enjuagaba la boca en el lavabo, se presentó Jacqueline, que le lanzó los brazos al cuello para felicitarle por el éxito diplomático que acababa de conocer. Ella le invitó a volver a la cama a descansar después de haber pasado la noche en blanco. Él le respondió que lo haría en un par de minutos: el tiempo de hacer desaparecer a su colaboradora, que, en cuclillas y temblando, esperaba detrás de la puerta del baño a que

la primera dama volviera a sus estancias.

Eso lo cuenta un médico y escritor de éxito, Jed Mercurio, en *Un adúltero americano* (Anagrama) cuando se van a cumplir 50 años de la elección de John F. Kennedy como presidente de Estados Unidos. El autor ha conseguido un retrato espléndido de la desordenada vida privada de Kennedy, en contraste con su impecable dimensión pública. Aunque Mercurio explica que se trata de una novela, no es menos cierto que resulta una narración cercana al nuevo periodismo, aunque con notables licencias. Así sentencia que la imagen juvenil del presidente escondía a un enfermo que sufría cefaleas, náuseas, diarrea, prostatitis, rinitis, osteoporosis, infecciones de piel, asma, lesión de columna y la enfermedad de Addison. Esta última afecta a la producción de hormonas, lo que obligaba a atiborrarle de testosterona, que alimentaba a su vez su adicción al sexo. El primer ministro inglés Harold McMillan contó que en una ocasión Kennedy le confesó: "Tengo unos dolores de cabeza terribles si estoy tres días sin una mujer". A lo que el político conservador británico respondió: "Yo, en cambio, suelo tenerlo si paso tres días con una".

El libro narra un rosario de infidelidades, con especial detenimiento en su relación con Marilyn —que ya había iniciado

antes de ser presidente—, a quien recibió en el hotel en el que Kennedy se alojó en su primera visita oficial a California. Produce apuro ver al presidente convenciendo a los agentes del servicio secreto para que franquearan la entrada a su amiga, saltándose el protocolo de seguridad. O cómo se las apañó para subir a dos *starlets* a su limusina como final de fiesta de las celebraciones de la toma de posesión, o cómo contrató a Fiddle, Faddle y Fuddle (nombres ficticios) para su oficina, a fin de que le atendieran sexualmente cuando la necesidad apretaba, o cómo colaba en la Casa Blanca a una elegante dama, casada con uno de los donantes de su campaña, en complicidad con Tapadera (un cargo de confianza que le facilitaba sus enredos).

Al final del libro, Mercurio cuenta que los lios de faldas de Kennedy no empezaron a divulgarse hasta una década después de su muerte, sin menoscabar su acción de gobierno, hasta el punto de que es el presidente mejor considerado después de Franklin D. Roosevelt. Y revela que Jacqueline tenía conocimiento de sus infidelidades, aunque no se ha hecho público ningún comentario documentado; es más, a su muerte, en 1994, después de haber estado casada con Aristóteles Onassis, fue sepultada junto al presidente, de acuerdo con sus deseos. ◯



MOTIA ENSELING

**KENNEDY TENÍA
TERRIBLES DOLORES
DE CABEZA SI ESTABA
TRES DÍAS SIN UNA
MUJER**